

Mahón 15 Junio 1906

EL PORVEJIR DEL OBRERO

Postal anarquista

VI

Voy á terminar. En esta procuraré agotar el programa para no ser pesado.

Deplorables son las luchas personales, pero son inevitables. Cuando ocurren porque tal individuo influyente se supone que intenta una desviación con intenciones buenas ó malas, y otro le descubre, y el descubierto se defiende y acusa á su vez, y en todo eso se usa y se abusa de los medios de publicidad y de propaganda, lo peor que sucede es que despertándose en los individuos las tendencias atávicas del sectarismo, al ver aquella lucha de picotazos injuriosos y la dignidad de los hombres rebajada al nivel de dos gallos luchadores, unos se interesan por Fulano y otros por Mengano, prolongando la enemistad. Contra esto no hay más que armarse de razón y calmar con prudencia á los que se apasionan, demostrándoles que la esencia de una verdad no se altera por el prestigio ó desprestigio de un hombre, y procurando dejar á los luchadores que arreglen sus diferencias sin darse en espectáculo. Si á pesar de todo no se consigue... pues al buen anarquista no le queda más remedio que seguir adelante su camino separando ese nuevo obstáculo, nunca haciendo de él un motivo de decepción cuando tantos hay que ya existían y que son igualmente malos.

— Para decir la mía acerca del *superhombre*, pienso que si todos los que usan la palabreja hubieran nacido antes que el que la inventó ó éste hubiera de nacer aún, ninguno de ellos chistaría sobre eso de la superhombria, debido á que la originalidad del pensamiento anda muy escasa por el mundo, pero la necedad de ponerse á la moda abunda de una manera fastidiosa. Y superhombre anda por ahí mirando desdeñosamente á los hombres, que en vez de llevar con merecimiento los galones de *super*, sólo representa la extravagancia imitativa de la multitud puesta de manifiesto por Rabelais en su famoso episodio de los carneros de Panurgo. A mi ver, desde el australiano más primitivo hasta el sabio más elevado, todos somos hijos del antropopiteca, nietos del mono, constituyendo una especie que solidariamente evoluciona por compenetración, adaptación, conquista, cruzamiento, etcétera, y si parcialmente vamos acercándonos al ideal, á él llegaremos todos, rompiendo el límite del sexto día genesiaco.

— Propagar más directamente al obrero... Cuidado con esto: ¿No eres obrero y sientes compasión por el desheredado? no tomes pie de ello para elevarte á redentor. ¿Eres obrero? no vayas á engreírte con la idea de

hacerte dogmatizante y jefe. Aquí no cabe más sino que el propagandista, es decir, el que tiene plétora de pensamiento y de convicción y ha de darlo á los otros, sea privilegiado ó no, se manifieste como hombre á los otros hombres y suscite en ellos el conocimiento que determina, la pasión que exalta y la voluntad que ejecuta. Compañeros anarquistas hay, aunque no abundan, que sirven en esto de magnífico ejemplo, que no olvidan sino que antes enaltecen cada vez más el famoso aforismo de La Internacional: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.»

Queda terminado si no agotado mi programa.

Faltaría el consejo que mi amigo y compañero me pedía; pero ese consejo no necesito formularle en algunas palabras más: ya está dado con las manifestaciones hechas en estas postales y con el trabajo que representan. Sin embargo, para terminar, y valga por consejo, citaré este proverbio árabe, chino ó lo que sea: «Si el viajero que va por su camino se entretiene á tirar piedras á los perros que salgan á ladrarle, nunca llegará á su destino.»

Que todo buen anarquista saque la moraleja, y todo irá bien y quedará contento vuestro compañero

ANSELMO LORENZO

La organización

I

Hace muchos años que entre los anarquistas se discute grandemente esta cuestión. Y como sucede á menudo cuando se pone apasionamiento en una discusión, y á la investigación de la verdad se mezcla el puntillo de tener razón, ó cuando las discusiones teóricas son únicamente una tentativa para justificar una conducta práctica inspirada por otros motivos, se ha producido una gran confusión de ideas y de palabras.

Recordemos de paso, aunque sólo sea para aligerarnos el ánimo de su peso, las simples cuestiones de palabras que á veces han alcanzado la más alta cima del ridículo, como, por ejemplo, «nosotros no queremos la organización, pero si la armonización»; «somos contrarios á la asociación, pero admitimos la inteligenciación»; «no queremos secretario ni cajero, porque son cosas autoritarias, pero encargamos á un compañero de la correspondencia, y á otro del cuidado del dinero». Y recordando esto, abordemos la cuestión seria y principal.

Hay entre los que reivindican el nombre de anárquicos, con adjetivos varios ó sin adjetivos, dos fracciones: los partidarios y los adversarios de la organización.

Si no podemos lograr ponernos de acuerdo, busquemos por lo menos el modo de comprendernos.

Ante todo hay que hacer una distinción, puesto que la cuestión es triple: la organización, en general, como principio y condi-

ción de vida social, hoy y en la sociedad futura; la organización del partido anárquico, y la organización de las fuerzas populares, y especialmente las de las masas obreras, para la resistencia contra el gobierno y contra el capitalismo.

La necesidad de la organización en la vida social, y casi diré la sinonimia entre organización y sociedad, es una cosa tan evidente, que nos parece imposible haya quien la ponga en duda.

Para darnos cuenta de ello es necesario recordar cual es la función específica, característica, del movimiento anárquico, y como los hombres y los partidos están sujetos á dejarse absorber por la cuestión que más directamente les atañe, olvidando todas las cuestiones conexas; á mirar más la forma que la sustancia; en fin, á ver las cosas de un lado sólo y perder de este modo la justa noción de la realidad.

El movimiento anarquista comenzó siendo una reacción contra el espíritu de autoridad, dominante en la sociedad civil, no solamente en todos los partidos y todas las organizaciones obreras, y fué engrosando poco á poco con todas las rebeldías levantadas contra las tendencias autoritarias y centralizadoras.

Era, pues, muy natural que muchos anarquistas estuvieran medio hipnotizados por esta lucha contra la autoridad, y que, creyendo, por la influencia de la educación autoritaria recibida, que la autoridad es el alma de la organización social, para combatir el alma combatiesen y negasen también esta organización social.

Y realmente la hipnotización llegó al punto de hacer sostener cosas verdaderamente increíbles.

Se combatió toda clase de cooperación é inteligenciación, manteniendo que la asociación es la antítesis de la anarquía; se sostuvo que sin acuerdos, sin obligaciones recíprocas, haciendo todo el mundo aquello que le pasara por la cabeza, sin informarse siquiera de aquello que otros hacían, todo se habría espontáneamente armonizado; que anarquía significa que cada hombre debe bastarse á sí mismo y hacer por sí mismo todo aquello que necesite, sin cambio y sin trabajo asociado; que los ferrocarriles podían funcionar perfectamente sin organización; más aún, que esto ya sucedía en Inglaterra (!) ¡que el correo no era necesario, y que si un habitante en París tenía que escribir á un amigo de San Petersburgo... podía llevarle la carta él mismo, (!!) etc., etc.

Se me dirá que esto son tonterías, y que por consiguiente no vale la pena de hablar de ellas.

Sí, pero estas tonterías se han dicho, se han publicado y se han propagado, han sido acogidas por una gran parte del público como la expresión genuina de las ideas anarquistas, y sirven siempre como armas de combate á nuestros adversarios, burgueses y no burgueses, que quieren obtener sobre nosotros una fácil victoria. Además, estas tonterías no están desprovistas de un cierto valor, en cuanto son la consecuencia lógica de ciertas premisas y pueden servir de prueba experimental de la verdad ó de aquellas premisas.

Algunos individuos de mente limitada, pero provistos de un poderoso espíritu lógico, cuando han aceptado algunas premisas,

sacan de ellas todas las consecuencias hasta el final, y si así lo quiere la lógica, llegan sin inmutarse hasta los más grandes absurdos, hasta la negación de los hechos más evidentes. Otros hay que, más cultos y de espíritu más amplio, encuentran siempre modo de llegar á conclusiones más ó menos razonables, aun á trueque de estropear la lógica; y para estos últimos, los errores teóricos tienen poca ó casi ninguna influencia sobre la conducta práctica. Pero, en suma, hasta que renunciemos á ciertos errores fundamentales, estaremos siempre amenazados por los silogistas á todo trance y caeremos siempre en los mismos absurdos.

Y el error fundamental de los anarquistas adversarios de la organización, es el creer que no es posible haya organización sin autoridad, y preferir, una vez admitida esta hipótesis, renunciar á toda organización antes que aceptar una mínima autoridad cualquiera.

Ahora bien; que la organización, ó sea la asociación por un fin determinado y con las formas y los medios necesarios para conseguir este fin, sea una cosa necesaria á la vida social, nos parece evidéntísimo. El hombre aislado no puede siquiera vivir la vida del bruto; es impotente, salvo en las regiones tropicales ó cuando la población es rara, para procurarse el alimento, y lo es siempre, sin excepciones, para elevarse á una vida un poco superior á la de los animales. Teniendo, pues, que unirse con los demás hombres, mejor aún, encontrándose unido á ellos á consecuencia de la evolución antecedente de la especie, el hombre debe, ó sufrir la voluntad de los demás (ser esclavo), ó imponer la voluntad propia á los demás (ser una autoridad), ó vivir con los demás en fraternal acuerdo, á beneficio del mayor bien de todos (ser un asociado). Ninguno puede eximirse de esta necesidad, y los más recalcitrantes antiorganizadores, no solamente tienen que aceptar la organización general de la sociedad en la cual viven, sino que aun en los actos voluntarios de su vida hasta en sus sublevaciones contra la organización, se unen, se dividen la labor, se organizan con aquellos con los cuales están de acuerdo, y utilizan los medios que la sociedad pone á su disposición... siempre, bien entendido, que se trate de cosas queridas y hechas en serio y no de vagas aspiraciones platónicas, de verdaderos ensueños.

Anarquía significa *sociedad organizada sin autoridad*, entendiéndose por autoridad la facultad de imponer la propia voluntad, y no el hecho inevitable y benéfico de que quien mejor entiende y sabe hacer una cosa, logra más fácilmente hacer aceptar su opinión y sirve de guía en aquella determinada cosa, á los que son menos capaces.

Según nosotros, la autoridad no solamente no es necesaria á la organización social, sino que en lugar de beneficiarla, vive sobre ella en calidad de parásito, obstaculizando la evolución y aprovechando todas sus ventajas en único beneficio especial de una determinada clase que explota y oprime á los demás. Mientras en una colectividad haya armonía de intereses, mientras que ninguno tenga ganas ó pueda explotar á los demás, no hay trazas de autoridad; cuando viene la lucha intestina y la colectividad se divide en vencedores y vencidos, entonces surge la autoridad, la cual, naturalmente, se pone al servicio de los más fuertes y sirve para confirmar, perpetuar y engrandecer su victoria.

Creemos esto y por esto somos anarquistas; que si creyéramos que no puede existir organización sin autoridad, seríamos autoritarios, porque preferiríamos la autoridad que obstaculiza y adolora la vida, á la desorganización que la hace imposible.

Por lo demás, lo que seamos nosotros poco importa. Si fuese verdad que el maquinista, el jefe de tren y el inspector deban ser por fuerza autoridades, mejor que compañeros que hacen en beneficio de los demás un determinado trabajo, el público

preferiría mejor aceptar su autoridad antes que tener que ir á pie. Si el administrador de correos no pudiera dejar de ser una autoridad, todo hombre de mente sana soportaría la autoridad del administrador de correos antes que llevar por sí mismo las cartas.

Y entonces... la Anarquía sería el sueño de algunos, pero no podría realizarse nunca.

(Continuará.)

ENRIQUE MALATESTA

Confesión

Al amigo Mir.

Veinte y tres y ya cinco años de pelea, también de derrumbes en mi fe y en mis entusiasmos de mozo. Por ahí, en los zarpas de algún canallita y de muchos trozos de humanidad de munición, han ido quedando mis amores.

Y creía en todo, quería serlo todo, amigo Mir. Altivo como Delescluze cayera un día de barricadas y marchara rostro al sacrificio como un garzón galileo en la era de Diocleciano. Ahora nada: un vencido. Me hallo muerto en la acometividad y en aquella laudable fuerza de corazón que hace perdonar las miserias de los hombres. Una catástrofe de voluntad.

Pero es que muchos y muchos ¿no buscaron, adelantándose á mí, sus monasterios de Yuste ó hicieron vía contraria á su añeja ruta de Damasco? La agonía de mi fe ¿no deriva del abatimiento de la agena? En el propio casón solariego ¿no rezongan vientos locos?...

* *

En múltiples jovencillos Montjuich alzó ondas de dolor. El dolor nos hizo adorar los hombres y las ideas de los hombres mártires. Los intelectuales ¡entonces! hablaban de la Anarquía haciendo loas. *Germinal*, publicaba el *Elogio de Ravachol*, de Paul Adam; Baroja, Unamuno, Martínez Ruiz, hacían arte y ética anárquicos; *Catalonia*, entre barra y barra del blasón catalán, ponía encarnadas rosas de vida. Fué aquella la buena era en que *Azorín* aun no veía las líneas graciles de las princesas y Urales comenzaba á nombrar corresponsales hasta en las Hurdes. Y por toda la tierra, unos manebos pálidos y trágicos, pintaban senderos escarlata al paso de los reyes fuertes y de las archiduquesas melancólicas. El horizonte se encendía con anunciaciones de victoria...

Ya anarquistas, salimos los jóvenes avizorando amplitudes intelectuales. Pusimos á presión el alma. Entonces surgió Nietzsche y D' Anuncio y Stirner. Creímos en *El Anticristo* y en la moral de aquel antiguo yo hegeliano que renacía expansivo como interpretación única del universo. Fuimos á buscar la raigambre de la doctrina anarquista en la filosofía sajona y no en Proudhon ó Bakounine. Ello nos hizo amar más que la Economía la Filosofía y en vez del hecho estadístico ó político, el moral y el estético. Mentira nuestra pedantería y más mentira aun la acusación de que queríamos hacer con las ideas mercancía de gloria.

Olvidamos el dolor de Montjuich y casi el plañido de los siervos. Apenas si nos interesamos más que de nosotros mismos buscando una «auto-liberación» que no hallamos y de la cual los grandes cerebrales se reservaron el secreto ¡oh Cortiella magnífico, que te atrevistes á parlamentar con los inmortales! Y predicamos el Arte como belleza y libertad. Pensamos que siendo el Arte armonía y entusiasmo embelleceríamos todas las cosas de nuestro entorno é infundiríamos, hasta en los espíritus inferiores, una ansia de llegar, de aproximarse á la posesión de la vida interna.

No supimos crear arte redentor. La Anarquía no ha tenido aun en nosotros sus artistas. Nuestros periódicos, nuestros dramas, no pasaron de la proeminencia de masturbaciones estéticas.

Mientras, el ataque concreto, corajudo, al catolicismo, al cuartel, al código civil, lo hicimos cosa indigna de arrugar nuestras clámides de zagales helénicos. Parieron nuestras plumas una logomaguía insoponible. De toda la faena, no quedaron más que unas mayúsculas y unos bastante bellos arranques nerviosos. El águila de Weimar compuso, también para nosotros un apotegma: «cómicos de su propio ideal.»

Los viejos meditaron y excomulgaron. La lucha doctrinaria trajo la discordia, y como en estas y otras especulaciones se olvidaron las añejas prácticas revolucionarias, se soliviantó la histeria anárquica. Va ya para dos años que un vendabal de locura azota el anarquismo español. La casona solariega hace quiebra y neuróticos, encanallados, pelotones de títeres que dicen «nosotros los anarquistas...» para obligar á volver la cabeza á las gentes asombradas, rufianes y enloquecidos, hacen irrupción en ella, profanando el suelo taconeado por los pies santos de los precursores.

Las guerras civiles fanatizan, pero amargan y rinden. Cejaron, tristes, los veteranos ante aquella riada de burdelerías y extravagancias. De los jóvenes unos claudicaron; otros se enceldaron, ceñudos; un par de parejas aun claman con sonsonete y *pose de lions* ¡viva la Vida! Detrás quedaron los bestiales polichinelas de la venganza y un rebaño en marcha, sin ruta, «hacia la emancipación». ¡Y cuántos, cuántos de los mozos caerán! En las orgullosas cabezas de mis camaradas suena, aun muy tenue—en alguien muy sonoro—, el gorro de Arlequín.

Ningún remedio. Doblan á funeral. Algunos eruditos, en los siglos vinientes, desempolvarán nuestras gestas, y en algún ateneo, un viejo sabio, despertará con ellas estos livianos entusiasmos que nosotros sentimos por los anabaptistas ó los puritanos...

* *

Esto no es una confesión, sino un suspiro. Aun tengo esperanzas de no hacer irremediables estos desalientos. Han sido cinco años. ¡cinco años! de insultos, de canalladas, de visiones puercas, de groserías. Ahora quiero vivir para mí solo. Leer, luchar, amar, poder abofetear alguna cara sin que se me detenga con el sagrado «¡Es compañero!» Y con los pobres siempre, á pesar de sus errores, á pesar de sus faltas, á pesar de sus crímenes. Como Severine. Pero yo solo. Ni caudillos, ni escuderos.

En cuanto á los superhombres y sus excesos... No tienen la importancia otorgada por vosotros. Buenos chicos. Os están *epatando* como á unos sencillotes burgueses. Su defecto único es esa prosa infame. He dejado su lectura. «Preserve dios—dijo Larater— á los que ama de las malas lecturas.»

Salud, mi amigo. Mientras la cloaca se desagua voy á ver si almaceno un poco de voluntad y otro poco de alegría.

HELENIO

La Caridad

La caridad no sirve para males permanentes. Diez y ocho siglos hace que vino á encenderla Cristo con su palabra y su ejemplo; no han logrado ni él ni sus discípulos que arda constantemente en los corazones. Es duro el rico. Si por un lado le solicita el pobre y por otro el vicio, al vicio abre la bolsa. La abre alguna vez á la miseria cuando se siente al borde del sepulcro; mas sólo por acallar los gritos de la conciencia ó no ir al infierno. Acostumbra á ser avaro para sí mismo, cuanto más para sus semejantes.

No la caridad, sino la justicia ha de resolver el problema. ¿Qué razón hay para que mendigue ni reciba de limosna el trabajo lo que de derecho le corresponde?

F. PÍ Y MARGALL

Ilustres anarquistas (1)

«El gobierno italiano ha pedido á los de otras naciones que adopten medidas para destruir el anarquismo. Se ha establecido rigurosa vigilancia contra los enemigos de la humanidad.»

(Un periódico conservador.)

—¡A ese! ¡A ese!—gritaban los polizontes. Y por las estrechas callejas de Venecia corría la gente en pos de un fugitivo que acababa de salir de cierta casa dudosa, perseguido por los agentes.

Fué detenido al fin y llevado al próximo puesto de policía. Era un hombre bastante alto, de arrogante corpachón, un poco cargado de espaldas, con aires de monarca aburrido ó de aventurero gastado por el vicio y la edad. Andaba indolente y cansadamente, como si su columna vertebral sufriera los embates de juveniles tempestades.

Sus ojos, antes hermosos, arrojaban dormidos resplandores de crepúsculo. Blanqueábale la barba, caíale el barnizado labio lujurioso y comilón. Vestía con cierta elegancia no exenta de distinguido abandono. Hablaba un italiano extranjerizado con dejos de español y francés, arrastrando las *erres* y acentuando las *bés*.

Sus primeras palabras fueron de profundo desprecio hacia la policía. El tenía derecho á divertirse, á jugar, á beber, á correrla. ¡Per Baco! En Venecia, en Italia, no se podía vivir desde el atentado de Bresci contra el rey Humberto. La policía veía anarquistas en todas partes. Aquello era el *Terror* (el *Tegog* decía él) en tiempos de la revolución francesa. Bastaba una delación de cualquier mal intencionado para que detuvieran á las personas honradas. Aquello era peor que las persecuciones de Nerón contra los cristianos; que los atropellos de Polonia en tiempos de la tiranía. ¡Un régimen absolutista!

Los polizontes entraban en todas partes. Surgían del tapete verde, de las copas de champagne, por cortinajes del lecho de las mujeres alegres. El no había hecho nada... En pocos días habían detenido á dos duques, á tres barones, á cuatro negociantes riquísimos por ser extranjeros é ir indocumentados. Desde que los anarquistas viajaban y vestían con cierta elegancia, las confusiones estaban á la orden del día.

—Y escribiré al Papa—añadía—protestaré contra mi primo Víctor Manuel, *Il Re*... telegrafiaré al *Emperadog* de Austria mi *pagiente*...

Habituada la policía á tales protestas no le hacía el menor caso. El rigor contra los anarquistas era extremado. A palo de ciego detenían los ciudadanos por el delito de llevar el pelo largo, ó la barba crecida, ó tener tipo de revolucionarios, ó leer periódicos avanzados, ó criticar al gobierno. Era una verdadera *razzia*, parecida á las que sufren las prostitutas durante los primeros días del mando de un nuevo gobernador. Caían hombres honrados y delincuentes; llenábanse las cárceles de honrados padres de familia; veíanse conspiraciones en todas partes; los tribunales no descansaban un momento. Allí mismo, en el puesto de policía, dormitaban hasta sesenta detenidos, futura carne de presidio. El gobierno italiano envidiaba al de España una fortaleza de Montjuich, donde pudiera encerrar y retorcer á tanto y tanto delincuente.

Con malos modos preguntó el inspector al detenido su nombre, que se negó á dar.

—Es la historia de todos—dijo el polizonte. A usted se le acusa de ser uno de los hombres más peligrosos de la humanidad. Por usted han muerto miles y miles de hombres... me parece que no se puede ser más anarquista.

—Dios, patria y rey—rumiaba el detenido mirando despreciativamente al agente.

—Los españoles que le acusan, porque usted es español, dicen que no pagaría usted sus crímenes con cien vidas. Por usted han perdido las madres sus hijos y ardido mil hogares y perecido generaciones. Usted destruyó puentes con la dinamita, ciudades con el incendio, fusiló, mancilló.

—¡Detente, bala! ¡El corazón de Jesús está conmigo!—decía en voz baja el detenido.

—¿Y en nombre de qué principios? Sólo por placer de destruir, de aniquilar, de darle gusto al cuerpo, de tener riquezas y honores. ¿Es verdad lo que dicen de usted?

—Mis ejércitos, mis batallones navarros—murmuraba.

—Déjese usted de pompas y vanidades... Se le acusa á usted de muchos atentados gravísimos, terribles. Sus bandas de usted eran mil veces peores que las de Ravachol y Caserio. Llevaba usted bandidos, asesinos, curas sanguinarios.

—Pero mis derechos al trono...

—¡Porco Baco! ¡Qué trono! Entre los anarquistas hay espíritus luminosos que buscan la realización de grandes ideales por procedimientos pacíficos. Hay anarquistas de acción, pero existen muchos que se revuelven contra el derramamiento de sangre, contra la matanza y el duelo. Usted, en cambio, ha derramado la sangre á torrentes por gusto, por lujuria. ¿Es verdad todo esto? ¿Son ciertas las acusaciones? En este papel han escrito cargos terribles contra usted varios españoles que perdieron hermanos, padres é hijos por culpa de usted... Vamos, hable... ¡Díganos su nombre, ó lo bajarán á la cueva y á palos lo sabremos!...

—Mi nombre... No lo puedo decir... No tengo por qué contestar... Yo soy un rey...

—¿Un rey? ¡Per Baco! A ver, que se lo lleven abajo, pronto... ¡Todos los detenidos dicen que son grandes personajes!

—Repito que soy un *gey*... Yo comprendo que tuvieran á mi primo Milano de Servia por anarquista. Ese ha arruinado su país, robado, burlado á su mujer y timado á su hijo. Sobre todo ha faltado á los obispos. ¡Eso es ser *anarquista*! Pero yo... yo he hecho muchas muertes, pero por el altar, por la cruz, con los curas, con la *religión*... ¡Yo soy un *gey*!

—Un rey, un rey. Pero ¿quién es usted?

Entonces un agente de policía tiró de la levita al inspector... Le parecía reconocer al detenido... Le había visto en góndola por el Gran Canal.

—¿Domicilio?—preguntó éste.

—Palacio Loredán—respondió el detenido

—Su nombre, ¡por Dios! ¡su nombre!

Y con arrogancia teatral, dijo el preso:

—Yo soy D. Carlos de Borbón rey de España...

Y entregó su tarjeta.

El inspector dobló su espinazo.

—¡Oh, excelencia! Mil excusas, mil perdones. ¡Oh, qué lamentable error! ¡Pues no habíamos tomado por anarquista á un monarca que hizo dos guerras y dejó que se mataran miles y miles de hombres! ¡Oh, excelencia! ¡Que Vuestra Majestad tenga fuerzas para emprender la tercera guerra! Juegue y goce vuestra Majestad muchos años...

Y le acompañó hasta la puerta, poniendo sus espaldas en arco.

Lleno de furor revolvióse el inspector contra los agentes y gritó.

—¡Brutos! ¡Bestias! Creer anarquista á un hombre así. ¿Acaso no sabéis que el robo en grande escala se titula irregularidad, y que los crímenes reales se llaman hechos políticos? ¡Torpes! A ver, que me cojan á esos setenta detenidos y les apaleen... y sobre todo que lleven á la cárcel á ese muchacho que predicaba ayer en un mitin que los pobres sufren y que la humanidad debe mejorar ¡Eso sí que no lo tolero!

RODRIGO SORIANO

El dolor á grandes dosis

El *curare* es una sustancia de la que se sirven ciertos pueblos salvajes de la América del Sur para envenenar sus flechas.

El principio activo del veneno, según nos cuentan los fisiólogos, es soluble en el agua, en la sangre y en todos los humores animales; colocado, en cambio, en las vías digestivas resulta completamente inofensivo el *curare*.

Del mismo modo el sentimiento, el alma universal sólo se manifiesta sensible á ciertas dosis de dolor humano, y cuando esto ocurre, cuando á una terrible sacudida se derriban existencias en gran número y á la vez, entonces es cuando halla realidad por unos días el afecto fraternal que permanece del todo insensible ante los cotidianos y eternos sacrificios individuales que verifican en la miseria y la soledad de la inacción y el aislamiento los innumerables desheredados de la fortuna.

Por ello, si la regeneración humana, si el establecimiento del derecho universal dependiera únicamente del sentimiento, el planeta Tierra quedaría eternamente poblado de poderosos y humildes, de bandidos y robados, de expoliadores y expoliados; pero afortunadamente para la humanidad existen ciertos espíritus luchadores que con la energía de un titán y una perseverancia benedictina, iluminando la razón de la mente proletaria van preparando las supremas rebeldías, hasta lograr que para dicha de todos la dosis del dolor humano se manifieste activa á su menor expresión en el alma, en el sentimiento universal.

En la penumbra de unas minas carboníferas un fluido se inflama; centenares de hombres retorcidos de dolor quedan sin vida en las entrañas de la tierra allá en Courrieres. En la solidaridad en el dolor unos hombres traspasan la frontera en que la ignorancia y la tiranía divide unos de otros, para correr en su ayuda. Las fibras del alma universal se sienten heridas por unos instantes, pasados los cuales todo queda en olvido, las víctimas enterradas, el dolor extinguido, y como único recuerdo de la horrible hecatombe la palabrería irrisoria de la prensa burguesa exclamando hipócritamente: En presencia de horrores semejantes, no hay sajones ni latinos, europeos ni americanos, blancos ni negros, gobiernos ni comuniones. Solamente hay hombres que se reconocen hermanos...

De la cima del Vesubio se alza siniestro un penacho de piedras, fuego, humo y ceniza que aniquila, que destruye, que mata. La lava, como baba de monstruo infernal, apocalíptico, deslizándose paulatinamente por las faldas de la montaña, destruye cuanto á su paso encuentra. Las inmundas chozas, las humildes casucas se derrumban al peso de la ceniza que sobre de ellas cae persistente como lluvia tempestuosa; los viñedos, los plantíos desaparecen, llega siniestra la miseria para descargar su mano implacable sobre los humildes, y otra vez el dolor á grandes dosis perturba el aparente sosiego del alma, del sentimiento universal. Los damnificados son exiguamente socorridos, el dolor en algo queda mitigado, y como único recuerdo del fenómeno volcánico sólo nos resta la palabrería irrisoria de la prensa burguesa, exclamando estultamente: En presencia de horrores semejantes, no hay sajones ni latinos, europeos ni americanos, blancos ni negros, gobiernos ni comuniones. Solamente hay hombres, que se reconocen hermanos...

En una opulenta ciudad americana, en San Francisco de California, un fenómeno sísmico, sacude, resquebraja el suelo, los edificios cuarteados se derrumban estrepitosamente; la oscuridad de la noche es disipada por las gigantescas llamas bailoteando siniestramente por la ciudad entera, todo se desmorona, todo cae rápidamente como á impulsos de un poderoso genio satánico dis-

(1) Este artículo fué publicado hace algún tiempo; pero hemos creído que tenía cierta oportunidad ahora; por esto lo reproducimos.

puesto á terminar con la historia del mundo civilizado, los habitantes de la urbe americana sin distinción de clases ni sexos, unos ruedan, otros caen, unos yacen aplastados, otros huyen despavoridos, enloquecidos de terror vociferan unos, chillan epilépticamente otros, no ya por la pérdida de sus bienes, del todo destruidos, sino por el peligro que corre su existencia que todavía aman y pretenden defender en alas del instinto de conservación, y por tercera vez en poco tiempo, el dolor á grandes dosis agita el alma, el sentimiento universal. Las víctimas son asimismo sepultadas, los menesterosos socorridos, pero en definitiva, como único recuerdo de la tercera catástrofe, sólo nos resta el eterno estribillo de la prensa venal: En presencia de horrores semejantes, no hay sajones ni latinos, europeos ni americanos, blancos ni negros, gobiernos ni comuniones. Solamente hay hombres, que se reconocen hermanos...

¿Y por qué el dolor humano ha de ser sensible al alma universal, lo mismo que el curare en el agua, en la sangre y en los humores, solamente administrado á grandes dosis?

¿Por qué los hombres de la tierra cuando se dividen en sajones y en latinos, en europeos y en americanos, en blancos y en negros, no se fijan en que tales nombres solamente deben servir para determinar la variedad del género humano dentro de la unidad para el bien, para el amor, para la justicia y para vivir ampliamente la existencia terrenal, la única, y no para levantar barreras, fantasmas nacionales y diferencias de clase que solamente quedan destruidos en la solidaridad en el dolor?

Es una miserable especulación la de la prensa burguesa que sólo se siente anarquista en aquellos momentos en que la magnitud de una desgracia precisa el concurso de todos nuestros hermanos.

Infamante conducta la de la prensa burguesa que sólo se siente individualista en la posesión de sus gozes; tórnase comunista cuando el azote del mal flagela sus espaldas.

Planteado en tales términos el problema, la misión de la prensa anarquista se reduce á hacer que el sentimiento universal permanezca sensible, como el mercurio del barómetro al influjo de la temperatura, á la menor expresión de dolor humano, y para que tal sensibilidad produzca los frutos más hermosos también debe la prensa anarquista cultivar en lo posible los cerebros para que el pensamiento no olvide nunca las sacudidas del corazón, y busque un medio racional y positivo para hacer efectiva la fraternidad universal que los satisfechos sólo hacen aparecer cuando sus conveniencias de clase se lo exigen.

Es necesario que eso de que no hay sajones ni latinos, europeos ni americanos, blancos ni negros, gobiernos ni comuniones, se repita siempre, no en las angustias del dolor solamente, sino en la dicha, en la paz, en el bienestar de la vida, en la felicidad terrenal, en el único cielo, que reside en el suelo que pisamos...

LORENZO PAHISSA

El atentado de Madrid

Queríamos extractar las noticias que nos trae la prensa diaria respecto al hecho de Mateo Morral, como ya hicimos en el número anterior, para que los lectores nuestros que no leen los rotativos pudieran formarse cargo del asunto; pero hemos renunciado á ello porque entre el cúmulo de noticias, noticiones y comentarios que hemos leído, poca cosa hemos encontrado que merezca ser tomada con seriedad.

Obligados los periodistas á dar pasto á los lectores, que esperan con interés noticias sensacionales, han tenido que exprimir su imaginación y de detalles sin importancia

han formado historias que solamente nos muestran su inventiva maravillosa, pero que meten al lector en un caos en el cual es muy difícil orientarse.

Lo único serio y que ha sido confirmado es la intervención de Nakens en el asunto.

Según éste declara, Morral se presentó en su casa poco después de cometido el atentado y le reveló lo que había hecho, pidiéndole antes palabra de que no lo denunciaría. Nakens, valiéndose de dos ó tres amigos suyos, favoreció la situación de Morral, ocultándole por unas cuantas horas.

El acto de Nakens ha sido favorablemente comentado por la mayoría de los periódicos y es de notar en esto como los que el día antes pedían el exterminio del autor del atentado y de todos los que con él podían tener alguna relación, hoy dicen que «si la ley condena al que lo encubrió, ningún hombre honrado dejará de estrechar su mano.»

Más vale así. La acción de Nakens es de aquellas que completan y casi llenan por sí solas la vida de un hombre, prestándose á muchos y serios comentarios de los que no sale muy bien librada la justicia escrita.

* *

Hasta ahora, á pesar de las invenciones de los rotativos y de los muchos trabajos que se dice están haciendo el juez que entiende en la causa y la policía de Madrid y Barcelona, no se ha podido decir nada serio respecto á si Morral tuvo cómplices en el atentado. Unicamente son de notar las manifestaciones del ministro de la Gobernación, el cual dijo que creía que el acto de Morral era puramente individual, pensado y ejecutado por un hombre sólo.

Ya se verá como en esto tiene razón.

A pesar de esto siguen presos en Madrid varios compañeros y el Director de la Escuela Moderna Sr. Ferrer.

* *

El Centro Obrero de Estudios Sociales de Barcelona ha publicado una hoja suelta para protestar de la conducta de la prensa que con motivo del atentado hace las suposiciones más absurdas é infames para desviar la opinión y hacer que se tomen medidas especiales contra cuantos profesan ideas anarquistas.

Concluye dicha hoja con los siguientes párrafos:

«¿En qué ley, en qué cerebro, en qué justicia cabe hacer responsable á una colectividad de los actos que realice un individuo? ¿Son niños ó son malvados los que suponen que los anarquistas se reúnen en gran número, y allí, poco menos que públicamente discuten y acuerdan la comisión de tal ó cual atentado?»

«¿Fueron anarquistas los que asesinaron al general Prim y los que atentaron contra el rey Amadeo? ¿Por qué á pesar de los treinta y tantos años transcurridos no se han descubierto sus autores?»

«¿Qué misterioso fluido impulsa en estos momentos á esa opinión y á esa prensa á querer con tanto empeño saber quienes son los autores de los atentados de la calle de Fernando y Rambla de las Flores, siendo así que no ha mucho tiempo el silencio acusador de las autoridades, el mutismo vergonzoso de la prensa y la estúpida indiferencia de la opinión imposibilitó que pudiera ejercerse la acción popular para el esclarecimiento de aquellos hechos?»

«¿Se hará ahora? ¿Qué periódico es el que quiere cubrirse de gloria y de dinero tomando la iniciativa?»

ECOS Y COMENTARIOS

El movimiento revolucionario de Rusia, después de una temporada en que la lucha se había concretado á los actos individuales contra altos funcionarios, vuelve á renacer y á tomar nuevas fuerzas.

Los que habían tenido alguna confianza en la reunión de la Duma, han comprendido que habían sido un engaño todas las promesas del Zar, pues este no se halla dispuesto á ceder en nada.

Las huelgas revolucionarias se suceden con entusiasmo y ya se han sublevado algunas guarniciones.

Las tropas de casi todo el imperio se disponen á secundar el movimiento que seguramente, á la corta ó á la larga, ha de acabar con el odioso régimen autocrático.

Por noticias que tenemos de Alcoy, sabemos que el compañero Martínez, que estaba preso en aquella población por haber publicado un artículo titulado *Fuera vagos*, que produjo las iras de los militares, ha sido conducido á la cárcel de Valencia.

Convendría que los buenos compañeros, principalmente los de Valencia, hicieran algo para aliviar su situación.

Pedimos á los compañeros de Barcelona nos digan á quien hemos de enviar el dinero que tenemos recogido para Alfredo Picoret, pues se nos ha extraviado la dirección.

* *

Según leemos en *El Proletario*, Picoret va mejorando de la enfermedad que padece desde que *Memento* lo detuvo en esta ciudad.

Ojalá logre restablecerse por completo.

CORRESPONDENCIA

Ciñño Santa.—P. E. Aumentamos el paquete desde el número anterior. Damos por recibidas las 1'50 ptas. que dices has enviado á *Productor*.

Valencia.—J. O. Recibido 1'90 ptas. Conformes con liquidación.

Nerva.—B. C. Enviamos paquete. Para enviar folletos que pides conviene aclarar bien dirección tuya, que no has enviado. De *Tierra* no sabemos otra. El giro conviene directo; si no podéis en libranza mandadlo en sellos.

Villafranca.—B. G. R. Enviamos 10 ejemplares desde este número. El pago conviene lo hagáis en libranza del giro mutuo.

Caguas.—J. G. O. Debes ahora 6 pesetas. Suprimimos.

Grao.—J. M. Cambiamos dirección. Debes ahora 1'50 pesetas.

Barcelona.—P. Peña. Tu artículo no lo insertamos por haber pasado la oportunidad, sobre todo en su última parte. Mandá otra cosa y envíanos tu dirección para mandarte el periódico.

El Porvenir del Obrero

CONDICIONES

Suscripción: Trimestre 1 pta.
Paquete de 25 jemps. 75 cént.
Número suelto 5 »

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Castillo, 170. Mahón (Baleares).

Imprenta de «El Porvenir del Obrero»—Castillo 170, Mahón